

Entre lo real y lo cierto

MERCEDES VALDIVIESO

Huir de casa a correr aventuras y lograr hazañas que los crecieran a su regreso, ha poblado el imaginario de aquellos adolescentes que resisten la precariedad del mundo que los rodea. La literatura está plagada de ellos, de los que parten, de los que se atreven, el héroe mitológico es quien se aleja de su tierra natal y se echa a la incertidumbre de la otra tierra vasta y ajena.

La obra de Ana María del Río que se atreve a observar el mundo con una desmitificadora mirada en cuentos y un relato *Oxido de Carmen*, se continúa con *De golpe, Amalia en el umbral**, novela donde se produce la inversión al mito de correr tierras, la salida de sus protagonistas es en sentido inverso, hacia lo más oculto del hogar primario, antihéroes de una irrealidad que funciona en el espacio interior de una casa cercada, hermética ante un mundo tenebroso. Antihéroes que apartan de su memoria el "afuera", eso en donde ellos no podrían vivir.

Tío Tamborello se sumerge desde siempre en el agua y la espuma de la tina del baño, la Abuela la Grande y la Abuela la Chica discuten; los trapevistas, la joven del equilibrio en la cuerda floja donde también se balancea su hogar, la Bala Humana madre del narrador, personaje de la historia que cuenta, como el resto humano y trajinante de la casa en ruinas, mantienen a salvo la vida conjurando el frío con la quemazón de los muebles y alimentándose gracias a la complicidad de un almacenero.

El narrador estructura su realidad contando que todos los residentes de la casa fueron nacidos, desempaquetados, dice, por

tía Adela que los preparaba desde la niñez al gran circo que los mayores proyectaban. Espectáculo que se ensayaba con rigor y para el cual se establecieron rigurosos horarios, se cosieron disfraces, se afirmó el trapecio y se llenaron formularios que solicitaban un león por correo.

La extrañeza era una emoción que los componentes de esa farándula interior reservaban para la calle, para aquel espacio que producía sirenas de búsqueda, voces despavoridas y carreras desahoradas. Las intranquilidades "trepaban por las paredes del mundo" y los habitantes de la casa cercada no reparaban en ellas.

Rechinaban sin quebrarse las relaciones humanas, bajo el techo de la residencia, carpa de circo sobre quebrantos y olvidos hasta que apareció Amalia y con ella el mundo de fuera y con todos sus peligros. La huida hacia la irrealidad había concluido. Amalia envuelta en ropas inmundas e implorando socorro, hambrienta hasta el desmayo y "tan hermosa que nadie atinó a preguntarle qué le pasaba", trajo con ella el derrumbe. El asombro de dos mundos que se enfrentan, el de fuera y el de dentro es mutuo. Asombro y dudas al observar al otro. Tampoco Amalia es una heroína, el narrador junto a ella alucina sin saber que fuma drogas. No existen los héroes en el relato sino el absurdo donde se mueven sus personajes.

Por primera vez se habló de salir y jóvenes y adultos crecieron a la edad del amor, los celos y también la perversión... La intrusa alteró la convivencia de todos y su presencia llevó la narración hacia

límites que se entrarían en la muerte. El abuelo soñó sueños que le regresaron el tiempo o viejos horrores, acontecimientos que lo arrancaban de su cama y lo hacían caminar de rodillas, se angustia con Balmaceda, lo encuentra en el Palacio de la Moneda y puede verlo asomarse al balcón y puede ver como muchas señoras se persignan porque en el Presidente esas señoras han divisado al diablo, al "que quiere deshacer lo que Dios ha unido"... "el Abuelo mira hacia arriba y ve los trapecios, y llora...". Sus pesadillas eran atendidas por la familia entera, la que debía someterlo antes que se desbarrancara desde el palo mayor. Porque una noche sus visiones treparon al Abuelo a la torre del Seguro Obrero y la balacera contra los jóvenes lo ensordeció a los urgentes llamados de tía Adela. Pero cuando el Abuelo contempla por el ventanuco de un tejado a Amalia amarrada a una silla de tortura, fue muy difícil reducirlo y se multiplicaron las compresas con agua helada y las vasijas alrededor de su cama para que "no se acercara al borde del segundo piso. Sus pesadillas nos pusieron siempre los pelos de punta, con su realidad rechinante..."

Los malos sueños del Abuelo anticipan el derrumbe de la casa y ésta estalla a través de todas sus fisuras y sus tapas. Y así "estalla la ignorada puerta de calle que nunca conocimos". Se produce el enfrentamiento entre los que salen al mundo y los que habitan afuera: "Miramos hacia arriba encegueciéndonos con el sol. Desde el cielo no cuelga trapecio alguno. Miramos hacia la entrada. Es sólo un montoncito de ladrillos en polvo. De lo que fueron las piezas de arriba, nos cae polvo blanco en las cabezas. Se nos eriza la carne al ver la larga calle sin término, llena de sucesos diarios".

* *De golpe, Amalia en el umbral* por Ana María del Río. Premio de novela Andrés Bello 1990, Editorial Andrés Bello. Santiago, Chile, julio 1990.